

puesto á sufrir con una entera tranquilidad de alma los suplicios y la misma muerte, si Dios permitia que fuera injustamente condenado; y esta condenacion no ofrecia á su pensamiento mas que un punto de vista que le causase pena, y era el escándalo que resultaria si le creian culpable.

No se debe suponer, sin embargo, que esta conformidad con la voluntad divina llegaba al punto de hacerle insensible; su tierno corazon sentia vivamente la pena, pero se sometia á ella. «Lloro tambien en semejantes ocasiones, escribia á una persona afligida con la muerte de uno de su familia; pero, alabado sea Dios, lo hago siempre con tranquilidad, y con un sentimiento de amorosa direccion hácia la providencia de Dios; porque desde que Nuestro Señor ha amado la muerte y nos la ha dado como objeto de nuestro amor, no puedo querer mal á la muerte porque me arrebatara á mis hermanos ó alguna otra persona, con tal que mueran en el amor de la muerte sagrada del Salvador.» (1)

Al santo Obispo le parecia bien que en la muerte de los suyos se concediera alguna cosa á la sensibilidad natural, pero con la condicion de que no se disminuyera en nada la conformidad con la voluntad de Dios. «Me guardo de decir que no lloreis, escribia á una persona que habia perdido una hermana muy querida (2), porque es justo que lloreis en testimonio del sincero afecto que la teneis, á ejemplo de nuestro querido Maestro, que lloró sobre su amigo Lázaro. Pero no lloreis mucho, como hacen los que, del todo entregados á esta miserable vida, no se acuerdan de que caminamos á la eternidad, donde, si vivimos bien en este mundo, nos reuniremos un dia con los que hemos perdido para no separarnos de ellos jamás. No podemos impedir á nuestro pobre corazon que sienta la pérdida de los que eran en este mundo nues-

(1) Carta DCCCXXXVIII.

(2) Carta DGCLX.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. LIII.

«troos amables compañeros; pero no debemos tampoco faltar á la solemne resolucion que hemos hecho de tener nuestra voluntad inseparablemente unida á la de Dios, ni cesar de decir á la divina Providencia: Sí, yo os bendigo por todo lo que os agrade hacer (1). Esa imaginaria insensibilidad de los que no quieren que se sienta, me ha parecido siempre una quimera; pero tambien, despues de haber pagado el tributo á la parte inferior de nuestra alma, es preciso rendir el deber á la superior, donde reside como en su trono el espíritu de fe, que debe consolararnos en nuestras aflicciones, y por nuestras mismas aflicciones. Bienaventurados los que se alegran de ser afligidos, y convierten la acibar en miel.» (2)

CAPITULO VII.

Su religion (3).

La religion es una virtud que, procediendo de un vivo sentimiento de las grandezas divinas, nos inclina á respetar profundamente á Dios y todas las cosas ó personas sagradas, por Dios. Animado de este espíritu, San Francisco de Sales no pronunciaba nunca el nombre de Dios ó el de Jesucristo sino con una profunda veneracion; y reprendia á los que, hablando ó escribiendo, mezclaban en sus discursos estos nombres sagrados como palabras indiferentes, ó por juego y sin razon suficiente. «No se debe nunca, decia, hablar de Dios ó de las cosas que pertenecen á la religion de cualquier modo, sino siempre con gran respeto, estimacion y afecto.» (4)

Un dia le preguntaron qué era Dios. «Es, contestó,

(1) Carta CLXXX.

(2) Carta DCCX.

(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 38.

(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. X.

»un espíritu infinitamente superior á toda inteligencia, »que está en todas partes sin que se le vea en ninguna, »como el alma está en el cuerpo sin ser vista.» Y diciendo esto, añadió con un tono grave y conmovido: «No pretendo decirlo que es Dios, sino solo haceros entender »que no sabré decirlo, y que soy un verdadero nada ante »esa inmensa bondad que adoro profundamente.» (1) Por eso, una de sus máximas era que se debía siempre hablar de Dios como Dios, es decir, con un soberano respeto, que no obstante no debe nunca degenerar en afectación. Estudiando en París, siendo muy joven aún, refiere de sí mismo (2): «Sentí un fervor y un gran deseo de ser »santo y perfecto. Empecé á imaginar que para eso era »necesario llevar la cabeza inclinada cuando rezaba las »Horas, porque otro estudiante que era verdaderamente »un santo lo hacía; lo hice cuidadosamente algún tiempo, »y no por eso fui mas santo.» Instruido con esta experiencia se mantenía siempre y en todas partes, tanto solo como acompañado, en una actitud digna y modesta, tan sencilla como respetuosa, por reverencia á la presencia de Dios; lo que le hacía decir que estaba á su gusto y sin violencia delante de los príncipes y reyes, porque estaba acostumbrado á estar en presencia de una majestad mas alta, que le mantenía en todas partes con respeto (3). Por el mismo principio, no hablaba de la acción de Dios en el universo sino con un lenguaje que manifestaba la veneración profunda de que estaba penetrado, hasta el punto de que no se le oyó nunca decir: «hace demasiado calor, hace demasiado frío,» ú otras palabras semejantes; reprendiendo á los que se permitían estas reflexiones, porque le parecían una desaprobación del gobierno de la Providencia (4).

(1) El P. la Riviere, p. 410.

(2) Juan de S. Francisco, p. 494.

(3) Manuscrito de la Madre Fichet.

(4) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28.—El P. la Riviere, p. 416.

Cuando estaba en la iglesia ó hacia alguna oración, sus ojos modestamente bajos, su aspecto profundamente religioso y el resplandor de su rostro, sobre el cual la viveza de su fe y de su amor hacían reflejar como una luz divina, le revelaban á todas las miradas, mas como un ángel que como un hombre mortal. En la oración se le veía humillado y como aniquilado ante la inmensa majestad de Dios. Rezaba el Breviario casi siempre de rodillas, otras veces de pie, paseándose tranquilamente (1), mas nunca sentado, por cansado ó debilitado que estuviera por los trabajos ó las enfermedades. Su piedad le hacía complacerse en decir el Oficio con el cabildo, no faltando nunca á él á no estar legítimamente impedido. «Estaba allí en su silla, dice »un autor contemporáneo (2), como una estatua en un nicho, sin moverse, sin inquietarse, sin apresurarse, sin »mirar á un lado ni á otro, sin ocuparse de otra cosa mas »que de orar, trasportando dulcemente su corazón de un »versículo á otro, gustando y saboreando á su placer la »miel de las mas delicadas suavidades que el Espíritu Santo »allí destilaba; y como tenía la voz bastante fuerte, cantaba las alabanzas del Criador con un tono melodioso, »que inspiraba en el alma de las personas que estaban »presentes los mas vivos sentimientos de piedad. Cuando »no podía cantar el Oficio con el cabildo, no por eso dejaba de ir á la iglesia á otra hora, en cuanto era posible, »para llenar mas dignamente el gran ministerio de la »oración pública; y si no podía ir á decir el Breviario á la iglesia, escogía para rezarlo un lugar donde no pudiese ser distraído. Pero en cualquier parte que orase, era »siempre con una actitud de perfecto respeto, de devoción »y de humildad, sin volver los ojos ó la cabeza (3); lo que »permitió decir á uno de sus amigos: Con frecuencia estoy tan agobiado de negocios, que no sé de qué lado vol-

(1) Juan de San Francisco, p. 170.

(2) El P. la Riviere, p. 117.

(3) Dep. de Angélica la Pesse, de Marrignier y de Passis.

»verme, ni por donde empezar, á pesar de eso, no me
 »importunan nada en el oficio, ni tengo nunca en él dis-
 »traccion. Me imagino entonces que estoy en el cielo, y
 »que canto las alabanzas de nuestro Criador con los án-
 »geles; luego, al salir del coro, encuentro que estos gran-
 »des negocios que me daban tanta inquietud, son despa-
 »pachados en un instante; y es nuestro Señor el que lo
 »hace.»

Ni aun la señal de la cruz dejaba el santo prelado de
 hacer con respeto; y recomendaba á todos que hicieran
 lo mismo, censurando mucho á los que lo hacian ligera-
 mente y sin atencion; y hasta habia imaginado las mas
 graciosas comparaciones para escitar la piedad de los fie-
 les en este acto religioso. «Mirad vuestro corazon, les
 »decia, como un jardin donde plantais el árbol sagrado de
 »la cruz; ó si quereis mejor, consideradlo como una forta-
 »leza donde enarbolais el estandarte del gran rey, que
 »no debeis rendir sino á aquel de quien es el estandar-
 »te, ó como un gabinete que cerrais con la llave de la
 »cruz, y que no debeis abrir sino á quien pertenece la
 »llave.» (1)

Pero sobre todo en el altar y en las diversas funciones
 del servicio divino, era donde la religion del santo Obis-
 po aparecia mas maravillosa. Hacia todas las ceremonias
 con tanto recogimiento, con tanta dulzura y serenidad,
 con tanta gravedad y decoro, que no se le podia mirar, sin
 admirar el respeto profundamente religioso en que estaba
 abismada su alma delante de Dios (2). En las procesiones
 á que asistia, su modestia angélica impresionaba á los es-
 pectadores y les inspiraba la piedad. Cuando ofrecia el
 santo Sacrificio era tanta su atencion que, segun la con-
 fianza que hizo á la santa Madre Chantal, no esperimen-
 taba ninguna distraccion; é imágen fiel de Jesucristo, su-
 premo sacrificador, tenia tanta majestad como sacerdote y

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XIX.

tanta humildad como víctima, que era un espectáculo en-
 cantador verle en el altar. Conservaba los ojos modesta-
 mente bajos, pronunciaba las palabras con voz dulce, gra-
 ve y reposada, sin apresurarse nunca, por mucho que tu-
 viera que hacer; procuraba escrupulosamente no faltar
 á la menor ceremonia (1), y aun hizo advertir á un ilustre
 prelado que omitia una de poca importancia: «Porque,
 »dice, en un ministerio tan elevado, es necesario sujetarse
 »á todo lo que está prescrito.» Admirable en todo, la re-
 ligion que le penetraba se manifestaba mas aún en los mo-
 mentos solemnes de la consagracion y comunión, en los
 que parecia como todo trasformado en Dios, retratándose
 en su rostro un candor tan pacífico, que no habia nadie
 que no se sintiese movido; quedando algunos tan penetra-
 dos de veneracion por haberle visto comulgar, que perma-
 neció vivo este sentimiento en el fondo de su alma hasta
 la muerte. «Le he visto varias veces, dice un testigo del
 »proceso de su canonizacion (2), ofrecer el santo Sacrificio
 »con tanta religion, que en medio de mi admiracion, no
 »podia ocuparme en otra cosa mas que en verle y en oír-
 »le.» «Le contemplaba entonces, dice otro testigo (3),
 »como un hombre completamente extraordinario; y su de-
 »votísimo y modesto continente inspiraba piedad aun á los
 »mas indevotos.»

El sentimiento de la religion estaba tan vivo en él, que
 se confesaba todos los dias antes de subir al altar (4); y
 no menos celoso por el decoro exterior que por la pureza
 interior, no podia tolerar la menor irreverencia en el lu-
 gar santo. Las reprendia, unas veces en el instante mismo
 con una señal que imponia silencio ó que ordenaba un
 continente mas modesto, otras con un aviso paternal dado
 en la sacristía ó fuera de la iglesia, y algunas veces aun

(1) Dep. de la Madre Chantal, art. 33, p. 118.

(2) Dep. de Dumond.

(3) Dep. de Moccand.

(4) Dep. del canónigo Gard y de Favre.

en público, si la falta era pública; pues su dulzura no podía callarse ante la ofensa de Dios. Predicando un día en París en la iglesia de los Mínimos y terminado el exordio, se apercibió de que el Santísimo Sacramento estaba aún espuesto. Se calló y permaneció de pié en un profundo recogimiento, hasta que trascurrido algun tiempo sin que nadie adivinase la causa de su silencio: «¡Oh! por favor, »esclamó, si quieren que predique sentado y me cubra, »que mi Señor se cubra antes que yo.» Dijo esto con un tono tan piadoso que algunos se conmovieron hasta derramar lágrimas, y todos quedaron edificados (1).

La religion del santo Obispo no se limitaba solo á Dios, sino que se estendia aun á todas las cosas ó personas que tienen un carácter sagrado. Por esto veneraba profundamente la sagrada Escritura, y ponía en el número de las gracias mas preciosas que habia recibido del cielo, un conocimiento particular de ella (2). Veneraba igualmente la palabra de Dios predicada, y consideraba como una de las señales mas ciertas de predestinacion tener deseo de oirla para hacerse mejor. Por eso asistia á los sermones cuanto podia, sin dispensarse de ello nunca sino por causa grave, diciendo que no habia en ello nada de bueno en él, sino que le gustaba mucho oír la palabra divina. Se mantenía durante la predicacion muy atento, con la vista fija en el predicador, sin volver la cabeza ni dejarse vencer del sueño (3); y acostumbraba decir que nunca oía un sermón sin aprender alguna cosa que no sabia (4). Despues del sermón no consentia que censurasen la palabra de Dios, y decia que se debia honrar bajo cualquier forma que fuese presentada; lo que no impedía que en ocasiones oportunas diera á los predicadores consejos, animándolos al mismo tiempo. «Poco importa, decia, que el agua de una fuente

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 2 de abril.

(2) Dep. de la santa Madre Chantal, p. 28.

(3) Juan de San Francisco, p. 189.

(4) Dep. de Miguel Favre. — *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. IX, seccion XIV; p. XV, sec. XXIX.

»pase por un conducto de madera, de hierro ó de plomo, »con tal que el jardín esté bien regado. Igualmente importan poco las cualidades del predicador que riega, con tal »que nuestras almas sean empapadas de la divina palabra, »como de un rocío celestial que hace germinar al Salvador en el jardín de nuestros corazones.»

Despues de la palabra de Dios, los religiosos eran el objeto de su tierna veneracion, estimándolos como la parte mas amada de su rebaño, la gloria de la Iglesia y lo mas escogido de las almas perfectas. Se complacia en hablar con ellos de Dios y de las cosas celestiales, y tenia por principio respetar todos los privilegios que el Papa les concedia. Los Barnabitas y los Fuldenses, los Mínimos, los Capuchinos y los Cartujos le dieron cartas de hermandad con las cuales estaba admitido á participar de sus méritos, con lo cual se consideró muy feliz, y recibió este testimonio de afecto con gozo y reconocimiento. Habiendo querido un religioso llamarle su padre no lo consintió, y quiso que le llamara su hermano. Edificó hasta diez monasterios durante su episcopado, é hizo á todos los religiosos los servicios que estaban á su alcance. Evitaba caritativamente las demostraciones de interés que hubieran podido aparecer parcialidad, pero estimaba mas á los que se hacian mas útiles. Distinguía especialmente á los religiosos de la Compañía de Jesus; y cuando supo que Enrique IV los habia llamado á Francia, se apresuró á manifestar su gozo á su amigo Deshayes. «Me ha causado estremada alegría, le escribe, el feliz resultado del negocio »de los Padres Jesuitas.» (1)

Este respeto á los religiosos en nada perjudicaba al que debia á los sacerdotes. Los trataba como á hermanos é iguales, sin que se dejase notar hácia ellos el menor aire de superioridad ó grandeza (2); no consentia que estuvieran delante de él con la cabeza descubierta; y cuando

(1) Dep. de Mocard, de Marrignier, etc.

(2) Dep. de la santa Madre Chantal.

se sentaba, los hacia tambien sentar. Exigia á todos los de su casa que les tuvieran un particular respeto (1), y no permitia que ningun sacerdote, ni aun sus capellanes, le hicieran los servicios que son atribucion de los criados. «Observo, decia, que se mira en los sacerdotes su condicion ó procedencia temporal, y esto me aflije, porque no se debe ver en ellos mas que su caracter digno del respeto de los ángeles.» Habiéndole una persona hablado de un eclesiástico con la denominacion de «el curita,» la reprendió fuertemente por este modo de hablar, como poco respetuoso al caracter sacerdotal. Sobre todo no es posible decir el aprecio que hacia de los buenos párrocos: se le vió, estando para partir de Annecy para un viaje, retrasar su partida para ir á visitar á treinta y seis kilómetros de la ciudad á uno de sus curas, que le acababan de decir estaba enfermo (2); y cuando la muerte le arrebató á alguno, la pena que sentia con esta pérdida revelaba en él el afecto del padre mas amante (3). En cuanto á los Cardenales, Obispos y demás dignatarios de la Iglesia, los tenia á todos en singular veneracion por razon de su caracter, no hablando de ellos sino con gran respeto, y tributándoles todos los honores correspondientes á su dignidad (4); y si viajaba por sus diócesis, los obedecia como el mas humilde de sus diocesanos. Estando un dia dando en la Visitacion de Bourges una conferencia espiritual, fueron á avisarle que el Arzobispo preguntaba por él. Interrumpió al punto su discurso y partió para el palacio arzobispal; y como las hermanas le manifestaran que hubiera podido diferirlo un cuarto de hora y terminar su exhortacion: «No, mis amadas hijas, les contestó, estoy en la tierra de otro, y es preciso que obedezca.» (5) Al mismo tiempo nada igualaba á su piedad para con el Sumo

(1) Dep. de Vautier.

(2) Idem.

(3) Dep. de Moccand.

(4) Dep. del Abad de Mouxi.

(5) *Año Santo de la Visitacion*, 26 de setiembre.

Pontífice, en quien veneraba al Vicario de Jesucristo, á otro San Pedro, revestido de la plenitud del poder apostólico. Tomaba sus consejos ó sus órdenes para los negocios graves, no salia de Saboya sin su permiso, y por obediencia al juramento que prestan los Obispos el dia de su consagracion, le enviaba exactamente, cada cinco años, noticia del estado de su diócesis.

¡Cosa notable! su religion le inspiraba una deferencia particular aun hácia las personas casadas, por respeto al sacramento del matrimonio que habian recibido. Habiendo ido á Annecy un comerciante de París amigo suyo, quiso hospedarle en su casa; y todas las noches, despues de cenar, le acompañaba á su cuarto. Habiéndole rogado varias veces con instancia este hombre, confuso con tanto honor, que se abstuviera de ello: «Señor, le dijo el santo Obispo, ¿sois casado?—No, monseñor, nunca lo he sido.—» «Está bien, replicó, entonces, puesto que somos los dos iguales, en adelante obraré mas familiarmente con vos;» sabiéndose luego que el respeto que tenia al sacramento del matrimonio le habia hecho tratar así á este extranjero (1).

CAPITULO VIII.

Su devocion á Jesucristo y á los santos.

«¡Viva Jesus á quien yo amo!» Este era como el grito continuo de su corazon, herido en lo mas íntimo por el amor del Salvador de los hombres. Tenia con frecuencia estas palabras en la boca, y su pluma se complacia en escribirlas en sus cartas. «Sí, decia, es preciso buenamente trasportar nuestros corazones en el de este rey inmortal de los siglos, y no vivir mas que para él. ¡Oh! ¡cómo deseo morir por el amor de mi Salvador!» En el ejercicio de las virtudes se representaba siempre á Jesucristo, y se

(1) El P. la Riviere, p. 551 y sig.